

LA SABIDURIA DE LOS JASIDIM

Las parábolas
del bendito Rabi
Israel Baal Schem Tov

por PEDRO SPRINBERG

Israel Baal Schem Tov nació en Ucrania en el seno de una familia hebrea a fines del siglo XVII. Huérfano desde temprana edad, su niñez y adolescencia abundaban en sucesos singulares, propios de todo ser llamado a marcar un profundo surco en la conciencia de sus contemporáneos. Ya maduro, después de dos retiros místicos, el segundo de siete años de duración, vividos en absoluto aislamiento en los bosques que cubren las quebradas de los Cárpatos, comenzó su labor entre el pueblo hebreo, fundando luego la escuela jasídica. La síntesis de la orientación de esa escuela cuya filosofía se asemeja al panteísmo de Spinoza, consiste en el reconocimiento de la unidad en la diversidad y su tónica es la alegría. Desencarnó en el año 1765. Hoy su nombre es venerado por millares de judíos y sus enseñanzas, difundidas entre el pueblo en forma de parábolas, constituyen un haz de luz en medio de las sombras que, con demasiada frecuen-

cia, la casa eclesiástica veló la esencia luminosa de la religión.

BIENES MATERIALES Y NATURALEZA ESPIRITUAL

En cierto país, hubo un rey. Grande era su sabiduría e infinito su amor al pueblo. Una vez llamó al ministro de obras públicas y le ordenó construir delante de su residencia castillos y fortalezas, destinados a defender el interior de sus estancias de la vana curiosidad pública. Luego hizo colocar en todos los portales incontables cantidades de metales finos, telas exquisitas y piedras preciosas, anunciando que el que llegare a darle un abrazo en el recinto de su estancia interior, sería premiado con la revelación del misterio de la vida y de la muerte.

En poco tiempo, el pueblo supo por los pregoneros reales la grata nueva: que el rey, espléndido y generoso, desparramó incontables riquezas en los portales de sus nuevos castillos, y que todos podían beneficiarse con ellos sin control

ninguno. Lijó y papel de lija, separó los corpúsculos extraños, lijó el moño y lijó la parte oxidada sin dejar una sola partícula inerte y las dos barras, bien preparadas y dóciles a la mano experta del Maestro, se unieron, formando un solo cuerpo sólido.

En nuestra naturaleza inferior caso el Bendito Rabi Israel Baal Schem Tov— existen muchas particularidades rebeldes a la unión con nuestro Ego Superior, una gruesa capa de moño, formada por nuestros peccados e incomprensión, separa nuestros sentidos de la naturaleza superior. Hasta que con el punzón de nuestra voluntad no hayamos separado todas las particularidades rebeldes y con la lija de nuestros ángeles espirituales no hayamos lijado todo el moño que cubre nuestros órganos sensoriales, la unión de las dos barras, es decir, nosotros y la Divinidad, no se realizará.

Mis amados discípulos: el punzón, la lija y el papel de lija, es la purificación."

HUMILDAD

"Este rey sintió un día desasosiego; pensó entonces que encontraría la felicidad orientando su vida más de acuerdo con las costumbres de su pueblo; en consecuencia llamó a sus sabios consejeros y los pidió le aconsejaran al respecto.

Pero ninguno de los consejos le

servió. Cuando el deseo del rey se extendió al pueblo, se presentó en el palacio un pobre pidiendo hablar con el rey.

El pordiosero fue conducido ante el trono y dijo:

—¡Oh, mi poderoso Señor y Rey! tu deseo llegó a mis oídos y vengo a revelarte un secreto: ¿Deseas identificarte con las costumbres de tu pueblo y ser dichoso? Es muy fácil: ¡Sé humilde!

El consejo le pareció sensato al rey; ordenó pues premiar al pordiosero y dejarlo ir en paz.

Al día siguiente, el rey mandó enganchar sus mejores caballos y adornar su carroza regia con las más lujosas galas. Pero cuando el séquito real se puso en marcha, el rey en vez de ocupar su asiento al lado de la reina, marchó a pie detrás de su carroza.

Todos los días el rey daba su paseo por la ciudad en esta forma, siguiendo humildemente a pie detrás de su carroza, mientras los pregoneros llamaban la atención del pueblo sobre la actitud humilde de su poderoso soberano.

Pero la felicidad no llegaba y el pueblo como antes se mantenía a distancia del séquito real.

Cansado de caminar a pie, el rey mandó llamar al pordiosero y le contó sus penas.

Entonces el pordiosero dijo:

—¡Mi poderoso Señor y Soberano! La humildad no consiste en caminar a pie detrás de la carroza regia; tu deber es ocupar tu pue-

alguno. Entonces el pueblo creyó aprovechar bien las fatigas de su cobrero llenando sus bolsillos y sus sacos en los portales y volviendo satisfechos a sus casas, empero nadie se acordó de la estancia interior, donde el rey, sabio y amoroso, aguardaba al ciudadano esclarecido que desease compartir su soledad y le ofreciese una prueba de su amor.

¿Para qué?

Si al alcance de la mano había tantas riquezas, ¿por qué no hartarse de ellas en vez de seguir en pos de una promesa que no encandilaba como el brillo mágico de las piedras preciosas?

Solo el hijo del rey, de vuelta en aquella oportunidad de un largo viaje por tierras extranjeras, ansioso de abrazar a su padre, no detenía su vista en las joyas desparpamadas en los portales.

Y a medida que se internaba en los castillos y fortalezas, estas sólidas y al parecer inexpugnables construcciones desaparecían de su vista, junto con los montones de telas exquisitas y metales finos.

Un solo anhelo palpitaba en el corazón del hijo amante; un solo afán había en su cerebro: llegar cuanto antes a la presencia de su padre; cuando su anhelo se convirtió en ansia incontenible, notó con sorpresa que las joyas, las telas, los portales, los castillos y las fortalezas no existían; solo eran una ilusión de las gentes avidas de riquezas materiales.

Una senda amplia y florida conducía sus pasos directamente hacia el trono de su Padre Rey, hasta que el hijo se sintió unido en tierno abrazo con éste, quien en premio le develó el misterio de la Vida y de la Muerte.

"Mis amados discípulos — terminó el Bendito Rabi Israel Baal Schem Tov—, infinitos y lejanos estas los cielos; no obstante su asiento es el propio corazón del hombre; nada se encuentra tan cerca de nosotros como la Divinidad, pero solo el que anhela su revelación la consigue; para esto es necesario meditar sobre el misterio de la Vida y sentir el deseo de fundirse con Dios en un abrazo de Amor y nada, que nada, evitar detenerse en el sendero, ilusionándose con las telas aparentemente exquisitas y las piedras aparentemente preciosas cuyo beneficio es muy pasajero y menguado en comparación al anhelo trascendental que recibe el que conquista por sus propios medios la revelación del Gran Misterio."

PURIFICACION

"Un artífice inexperto que un día untr dos barras de metal, pero no lo consiguió. Cuantas veces repetía la operación, las barras no se unían con la exactitud necesaria; siempre quedaban en la superficie oxidada de las barras algunas partículas rebeldes a la unión."

Entonces el artífice fue a ver un Maestro en metales. El experto

le al lado de la reina; pero, ocupando tu puesto, debes saber identificarte con las necesidades del último de tus ciudadanos; sólo así concebirás la verdadera humildad interna del corazón y entonces la paz y la dicha descenderán sobre ti."

Mis amados discípulos —agregó el Bendito Rabi Israel Baal Schem Tov—, la más apreciada y grande de las virtudes es la humildad; pero no la externa y ostentosa, sino la única real y grata a los Seres Superiores; la humildad silenciosa que surge del corazón.

REENCARNACION

Uno de los discípulos pidió al Maestro en cierta ocasión que le explicara el sentido oculto del versículo de las Sagradas Escrituras, que decía: "Estas son las leyes que rigen el misterio de la encarnación".

El Maestro cerró los ojos; y después de un momento de meditación, contestó:

—Ten paciencia; pronto un suceso te explicará estas palabras mejor que muchos razonamientos.

Pasaron días y semanas.

Un día, el Maestro llamó al discípulo y le ordenó preparar las maletas, pues debía mandarlo a la ciudad para realizar ciertas diligencias.

—Dentro de un par de horas —dijo el Maestro—, llegarás a la orilla del bosque; quédate allí hasta que anochezca y observa en si-

lencio todo lo que sucede; ninguna cosa ni te ni mudará por nada del mundo te atreva a intervenir en los sucesos. Tu papel es de observador invisible; pues los actores ni siquiera deben sospechar tu presencia.

Cuando el discípulo llegó al bosque, escogió un árbol frondoso cerca del camino real y se acomodó bajo su sombra generosa.

Antes de mucho tiempo llegó a lo lejos un apuesto y brioso corcel y se puso a pastar. Luego sacó un bolso repleto de monedas de oro y se puso a contarlas con suma satisfacción. Descansó un poco, volvió a arreglar su maleta, montó a caballo y se fue.

El discípulo, que detrás del árbol observaba al jinete, notó una guía que este había dejado en el bolso olvidado sobre el césped.

En un primer impulso sintió deseos de llamar al jinete que se iba al galope de su corcel, pero recordando la recomendación del Maestro, conservó su silencio.

Un rato después, otro jinete acampó en el mismo lugar. Sacó el bolso y al verlo repleto de oro, empezó a llamar y gritar para ver si aparecía el dueño de ese tesoro. Pero nadie respondió; entonces el bolso, lo puso en su maleta y se fue.

Pasaron un par de horas sin que nada sucediera.

Un tanto aburrido el discípulo

para seguir adelante. Pero en aquel preciso momento, divisó que alguien se acercaba paulatina y penosamente. Al cabo de un rato vio que un pordiosero, con los pies llagados, se arrastraba hacia el mismo lugar donde estuvieron los dos jinetes. También acampó allí. Sacó de su bolsa sucia un pedazo de pan duro y se puso a masticarlo dificultosamente con su boca desdentada.

Luego, suspirando y acomodando penosamente su cuerpo dolorido, se extendió a descansar sobre el césped.

Apenas el pordiosero se durmió, volvió el primer jinete, hecho una fiera. Despertó de mal modo al pordiosero y le exigió la devolución del bolso. El pordiosero juraba y perjuraba no haberlo visto siquiera.

Entonces el jinete revisó la bolsa sucia y al no encontrar su tesoro cabalaba sobre el pobre hombre empezó a castigarlo hasta dejarlo sangriento y casi muerto.

Solo la severa recomendación del Maestro está que el discípulo insistiera en defensa del pordiosero, cruel e injustamente castigado por el jinete.

Hasta la noche nada más sucedió; el discípulo prosiguió su viaje con el ánimo deprimido.

Cuando estuvo en presencia del Maestro, el discípulo le dijo:

—Fui testigo de un suceso cruel e injusto— y le contó las escenas que presencié en el bosque.

El Maestro meditó un rato y habló:

—En una vida anterior, el primer jinete, el que llevaba el bolso repleto, le adeudaba al segundo una fuerte suma de dinero. Pendenciero y mal intencionado, no quería pagar su deuda. Hubo de ser demandado y el asunto fue resuelto por la justicia. Le tocó fallar a un juez venal que tenía un falso concepto del valor y la majestad de la justicia; se dejó sobornar por el jinete pendenciero y sentenció en contra de lo que era justo.

—Aquel juez era el pordiosero de los sucesos que tú presenciaste. No era, pues, injusto lo que ha sucedido. Siglos más tarde, la deuda hubo de ser devuelta y el mal juez, ahora pordiosero, hubo de recibir su justo castigo.

—Mis amados discípulos— terminó el Bendito Rabi Israel Baal Schem Tov—, nada pasa inadvertido para la Justicia Divina. En todos los sucesos triviales, aparentemente injustos y crueles, debemos escudriñar siempre la causa oculta, a veces muy remota, porque nada de lo que sucede en la vida del hombre se halla fuera del círculo de actuación de las leyes de la Justicia Divina.